

LA EXISTENCIA DE LA VERDAD LLEVA AL REAL-IDEALISMO

WOLFGANG STROBL

En la ciencia filosófica —integradora—, más aún que en las ciencias particulares, el problema decisivo y primordial es el encuentro con un comienzo, un inicio, un principio evidente en sí y por sí mismo, que «luce en su propia luz». En la filosofía, el principio inicial debe de ser de un rango onto-lógico, y no sólo lógico. Hay pocos de tales principios de evidencia inmediata y ontológica, como son —por ejemplo— la existencia del «yo soy» y la existencia de la verdad, que unen inmediatamente el pensar y el ser. Podría empezar con cualquiera de estas orientaciones primarias, pero prefiero partir, por razones metodológicas, de otro principio evidente muy vecino a los mencionados, que es la dualidad y polaridad complementaria entre persona y mundo, alma y cuerpo, conciencia y materia, la unión del «yo soy y tú eres», opuesta al «algo es». La reflexión sobre esta unión bipolar-coexistencial entre la conciencia y el mundo, como Philipp LERSCH ha llamado esta evidencia originaria, en la historia del pensamiento humano ha llevado, a lo largo de más que dos milenios y medio, a la contienda intelectual entre el *idealismo* y el *realismo*. Menciono en primer lugar el idealismo, porque siempre ha sido el verdadero impacto filosófico, desde JENÓFANES, PARMÉNIDES y PLATÓN hasta KANT y HUSSERL. En la constitución problemática y sistemática de la alternativa entre idealismo y realismo, fácilmente se pueden distinguir tres dimensiones, asimismo alternativas. La primera es el dilema entre la objetivación *esencial* y *existencial*. La segunda dimensión es la diferencia de los niveles *gnoseológico* y *ontológico*.

La tercera y decisiva distinción va entre la *inteligencia humana* y una *Inteligencia absoluta*, infinitamente superior y perfecta, por ser creadora de todo: «Visio creatrix».

En la Filosofía antigua, y precisamente en la aristotélica, dominaba y reinaba una objetivación esencial y existencial total y acrítica, que en la denominación moderna se llamaba «*Realismo ingenuo*», «*naiver Realismus*». Prefiero el término de «*Realismo natural*», porque es la postura natural del hombre de la calle, y no necesita reflexión filosófico-científica alguna. Este enfoque natural afirma que las cosas con *todas* sus cualidades que percibimos los hombres existen así y son independientes de su ser percibido; las cualidades percibidas quedarían las mismas aún cuando nadie las percibiese. La contradicción entre «cualidades percibidas» y «no percibidas», no resulta como problema crítico. En la continuación de la historia del pensamiento humano, y sobre todo en la Filosofía de la Edad Moderna a partir de Galileo GALILEI y René DESCARTES, la objetivación esencial no era más *total*, sino *parcial*: El «*Antropocosmos*» en el que vivimos y que investigamos los hombres se dividió en el «*Fenocosmos*» de la vida diaria —el mundo del «*Realismo ingenuo y natural*»—, y el «*Logocosmos*» de las Ciencias; y este último sería la única realidad —el micromundo de los átomos y las moléculas; una concepción del universo ya anticipada por DEMÓCRITOS en el siglo 5.º antes de Cristo—. Esta cosmovisión —«*Weltanschauung*»— de preferencia y predominio en los siglos XVI a XIX se llamaba «*Realismo físico*»; y fue sustituido en el siglo XX —a partir de Albert EINSTEIN— por el «*Realismo crítico*», según el cual la verdadera realidad ya no son átomos y moléculas, sino estructuras matemáticas ontologizadas, «heladas», realizadas.

La negación no sólo parcial, sino total de una posibilidad de la objetivación esencial fue el idealismo transcendental de Immanuel KANT: Queda la objetivación existencial de la «cosa existente en sí», «*Ding an sich*»; pero cae totalmente la posibilidad de una objetivación esencial: No podemos saber nada de la verdadera esencia de la «cosa en sí», porque sólo tenemos representaciones, imágenes, fenómenos en nuestra conciencia. Con buenas razones el discípulo más fiel de KANT, Johann Gottlieb FICHTE, ha eliminado la «última parte dogmática» en el *idealismo transcendental*, la «cosa existente en sí»; y el mundo viene a ser una mera «posición», un «acto creador» («*Setzung*», «*Tathandlung*») de un «Yo transcenden-

tal», expresión filosófica que la Teología llama «Dios creador». El hijo, Immanuel Hermann FICHTE, siguió al padre en su pensamiento idealista y cristiano, contra el panlogismo y panteísmo de HEGEL. El mundo es creación de la *Inteligencia absoluta*. Un idealismo que afirmaría que el mundo sería creación de la inteligencia finita, humana, nunca ha aparecido en la historia del pensamiento, porque llevaría a lo absurdo de un «solipsismo».

Después de haber considerado las vinculaciones entre las posibles objetivaciones esenciales y existenciales— parciales y totales—, y las relaciones con la inteligencia humana y la Inteligencia absoluta, nos queda aún como tarea una reflexión sobre la diferencia de los niveles *gnoseológico* y *ontológico*. En el nivel gnoseológico, el realismo afirma que todas las cosas existen con independencia del conocimiento humano, aunque con ciertas restricciones respecto a su objetivación esencial. Hay una forma extrema de este realismo natural que pretende que las cosas existirían, en su esencia y existencia, también sin relación alguna a una conciencia y a un conocimiento en cuanto tal, en absoluto. Esta postura inadmisibles en una reflexión científico-filosófica, la llamaría «*realismo exagerado*» o «*materialismo*».

Nos queda por explicar aún lo que entendemos con «el nivel *ontológico*». La explicación, la única que he encontrado y hallado en la historia de la filosofía, está en el pensamiento de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Está ya en la genial obra de la juventud: *De ente et essentia*. Está presente, sobre todo, en la obra filosófica principal del Aquinate, en las «*Quaestiones disputatae de Veritate*», de 1256 a 1259. Gira alrededor de dos quicios: El primero es la «*Visio creatrix*», la *Visión creadora* del Espíritu absoluto; y el segundo es el «*Actus essendi*», el *Acto del ser* creado por el Espíritu, la inteligencia absoluta. Solamente en esta íntima conexión y vinculación inseparable se puede entender lo que es el acto de ser: A la idea eterna en la Inteligencia absoluta —por ejemplo, la luz— le sobreviene la «*scientia approbationis*»: «*Fiat lux — hágase la luz*»; y la idea «luz» se convierte en realidad: La luz recibe el acto de ser.

Esta doctrina del «*Actus essendi*», TOMÁS DE AQUINO la había concebido desde su cumbre y coronación: la coincidencia e identidad entre la esencia y la existencia en la Conciencia suprema: Dios es el «Yo soy» absoluto y eterno, Creador de todo.

Tenemos ahora presentes los elementos del idealismo real o realismo ideal, del real-idealismo que siempre era, es y será el meollo, el corazón y la razón de toda Filosofía cristiana, inspirada en la Revelación. Esta concepción del mundo, esta «cosmovisión» («Weltanschauung», en alemán) acepta como real y verdadera la participación de la inteligencia humana en la objetivación esencial del «antropokosmos», del mundo en que vivimos los hombres (noûs poietikós — intellectus agens). En el nivel gnoseológico, afirma la independencia del mundo conocido del pensar humano, finito, incompleto. En el tercer plano, el onto-lógico, absoluto, el real-idealismo conoce y reconoce la dependencia total del mundo y de todos los seres en él, su total dependencia del «Yo soy» eterno, de la Conciencia divina, de la Visión creadora del Espíritu absoluto.

En la historia del pensamiento humano, se podría ver un «logos spermatikós», un cierto presentimiento de la Visión creadora ya en el sexto siglo antes de Cristo en la poesía filosófica de XENÓFANES de Kolofón: «Uno es Dios... El todo es ver, él todo es pensar, él todo es oír... Y sin esfuerzo agita todo con la fuerza de su espíritu». Pero tardaba casi un milenio, hasta los fines del siglo cuarto después de Cristo, para tener la fórmula decisiva y clara del primer y último fundamento de toda la Verdad del ser. Al término de sus «Confesiones», AUGUSTINUS de Tagaste e Hipona escribió: «Nosotros vemos las cosas, que Tú has creado, porque son; pero porque Tú las ves, las cosas son». La primera parte de la frase indica el realismo: El ser y la esencia de las cosas es la causa de nuestro conocimiento humano. Pero en la segunda parte la causalidad se invierte: en el plan ontológico absoluto la Visión creadora de Dios es la causa de la esencia y del ser de todas las cosas. Este real-idealismo cristiano se continúa en la tradición medieval: Está presente en el siglo noveno, con JOHANNES Scotus Eriúgena; en el once, con ANSELMO de Aosta y Canterbury. TOMÁS DE AQUINO era el primero que buscaba una demostración de este principio de la Verdad del ser—; en los más de ocho siglos anteriores, fue aceptado como evidente en sí. En el artículo 14 de la segunda *Quaestio de Veritate*, Santo TOMÁS escribe en el «Respondeo dicendum»: «Por tanto, no se puede decir que las cosas que sabe Dios sean la causa de su ciencia; porque las cosas son temporales, y la ciencia de Dios es eterna, y lo temporal no puede ser la causa de lo eterno... Por lo cual, solamente queda decir que la ciencia de El es la causa de

las cosas». Esta fórmula tomista: «Scientia Dei est causa rerum», es la «Magna Carta» del idealismo transcendental cristiano. El discípulo maestro de TOMÁS de Aquino, Meister ECKART, von Hochheim, en sus tesis disputadas de 1302 de París transpone la fórmula agustiniana-tomista a la Vida intratrinitaria de Dios: «Non ut quia sit, ideo intelligat, sed quia intelligit, ideo est». Es evidente en sí: Conciencia, inteligencia y conocimiento incluye y abarca el ser; mientras que el puro y mero ser no indica, lo más mínimo, el saber y conocer.

Un siglo y medio más tarde, el Cardenal NIKOLAUS von Kues —siguiendo la tradición de TOMÁS de Aquino y el Maestro ECKHART— es el primero que ve con toda claridad que el principio de toda la Verdad del ser puede y debe ser demostrado desde el ser evidente en sí, evidente onto-lógicamente, de la misma Verdad. En su primera gran obra filosófica «*De docta ignorantia*», de 1440, el Cusano escribe: «La esencia de las cosas, que es la verdad de los entes, en su pureza es íntangible; y aunque fuera investigada por todos los filósofos, por nadie fue hallada, tal cual es; y cuanto más profundamente doctos seremos en esta ignorancia, tanto más accederemos a la misma Verdad». En su segunda obra filosófica, en «*De coniecturis*», NIKOLAUS de Kues escribe: «Algo tal, como es, no se toca sino en su propia verdad, por la cual es. Por tanto, sólo en la inteligencia divina, por la cual todo ente existe, se toca la verdad de todas las cosas, tal cual es». Y en «*De mente*»: «Entre el entendimiento divino y el nuestro existe la misma diferencia como entre el hacer y el ver. La inteligencia divina crea en su concepción, mientras la nuestra en su concebir se asimila las nociones o visiones intelectuales que hace; la mente divina es una fuerza entificativa, nuestra mente es una fuerza asimilativa». En su escrito —para mí el más hermoso, bello y precioso— «*De Visione Dei*»— el Cusano ha expresado la última unión de ver y ser en Dios con la última precisión y perfección que es posible a la inteligencia finita, débil, humana. Escribe con un estilo entusiasmado, inspirado: «O fuerza infinita. Tu concebir es hablar. Concibes el cielo y es tal como lo concibes. Concibes la tierra y es tal como la concibes. Mientras concibes, tú ves y hablas y actúas... Así veo, Señor, que fuera de tu concepción no hay nada, sino que todas las cosas son porque tú las piensas. Pero tú las concibes en la eternidad. La

sucesión en la eternidad, empero, es sin sucesión la misma eternidad, es el mismo Verbo tuyo, Señor Dios».

La ilación de las ideas es totalmente clara, diáfana y exacta: *Primero*: Es una evidencia no sólo lógica, sino onto-lógica la *existencia de la verdad*. De lo contrario, no podríamos pronunciar ninguna frase con sentido. Precisamente, la duda y el escepticismo presuponen la existencia de la verdad. *Segundo*: La *esencia de la verdad* nunca es alcanzable, y menos aún agotable, por una inteligencia finita y limitada, como lo es la inteligencia humana. *Tercero*: La certeza de la existencia, y la incerteza acerca de la esencia de la verdad, lleva a la convicción de la existencia de una inteligencia inmensamente superior a la humana, porque conoce todo con evidencia. Esta evidencia onto-lógica y absoluta tan sólo puede darse en una Conciencia e Inteligencia absolutamente creadora, y no solamente receptiva y asimilativa, como lo es nuestra pobre inteligencia humana; porque tan sólo una Conciencia, un Espíritu absolutamente creador puede saber con evidencia la verdad esencial de todas las cosas, porque no cae nada fuera de su propia evidencia creadora.

Es cierto que la verdad —como un primer principio— no puede ni debe ser definida; porque cada posible definición ya presupondría que es verdad. Pero sí es posible encontrar señales, caracteres de la verdad. En mi libro: «La realidad científica y su crítica filosófica» he señalado siete: La evidencia, unidad, totalidad e integridad, el carácter absoluto, la inmaterialidad o espiritualidad, la ubicuidad u omnipresencia y la transtemporalidad o eternidad de la verdad. Las siete —y acaso más— señales de la verdad llevan a la existencia de una inteligencia, un espíritu inmensamente mayor que nuestra deficiencia humana. Es el paso al real-idealismo, donde la realidad no es solamente percibida como verdad, sino creada, como creación continua.